



En 1970, cinco años después de su fundación, La Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", con ocasión de la firma de un contrato con el BID, quiso dejar claro en el propio corazón del imperio el espíritu que le animaba como Universidad. Estábamos entonces en plena década del desarrollo, pero ya para nosotros era claro que no cualquier desarrollo podría traer a los pueblos pobres del mundo la verdadera justicia y la verdadera libertad. Apreciamos, por eso, en alto grado la encíclica de Pablo VI, Populorum progressio, que había aparecido en 1967 y en la que se insistía en la perentoriedad del desarrollo para que se superara la brecha entre ricos y pobres, la injusticia que se abatía sobre la mayor parte del mundo y que subía como un clamor hasta el corazón de Dios. Recogíamos aquellas palabras de la encíclica: "No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los ricos y la potencia de los fuertes, confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndola a la servidumbre de los oprimidos" (PP, 33). El desarrollo, al contrario, debe ir dirigido a "reducir las desigualdades, combatir las discriminaciones, librar al hombre de la esclavitud, hacerle capaz de ser por sí mismo agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual" (ib., 34).

No obstante este aprecio por la encíclica de Pablo VI, aleccionados por la realidad del pueblo salvadoreño, ya entonces considerábamos que tanto o más de una Populorum Progressio, de un desarrollo o progreso de los pueblos, había que hablar de una Populorum liberatio, de una liberación de los pueblos. A ella nos comprometíamos como universidad de inspiración cristiana, conscientes de que el optimismo de la década de los sesenta y aun el optimismo de la encíclica papal, no tenía sólidos fundamentos históricos. Nos proponíamos ir en busca de una liberación, que sintetizara dialécticamente la libertad y la justicia cimentadas en la verdad. No estábamos desacertados y la nueva encíclica de Juan Pablo II, Sollicitudo rei socialis, la preocupación social, viene a darnos una nueva oportunidad para reflexionar más profundamente sobre ello, tanto más cuanto que en ella se aunan los conceptos de desarrollo y de liberación (SRS, 46-47).

Hacia un desarrollo...2



Dice Juan Pablo II: "En el marco de las tristes experiencias de estos últimos años y del panorama prevalentemente negativo del momento presente, la Iglesia debe afirmar con fuerza la posibilidad de la superación de las trabas que por exceso o por defecto, se interponen al desarrollo, y la confianza en una verdadera liberación" (ib.,47).

El papa no niega en su encíclica que el desarrollo y la liberación tengan necesidad de los avances de la ciencia y de la tecnología, tengan un componente científico y técnico, sin el cual no es posible el desarrollo del mundo y la liberación de la humanidad. Los problemas del mundo y de los hombres no se resuelven solamente con una llamada a la conversión espiritual, por muy importante que ésta sea (ib., 38). Tan es así que la Iglesia se preocupa del desarrollo como un deber de su ministerio pastoral (ib.,31), como algo que pertenece a su misión evangelizadora (ib.,41). Al ejercicio de este ministerio de evangelización ~~en~~ en el campo social, que es un aspecto de la función profética de la Iglesia, pertenece también la denuncia de los males y de las injusticias" (ib.), aunque el anuncio debe prevalecer sobre la denuncia. Esto significa que el desarrollo y la liberación son a la par un desafío a todos los hombres, especialmente a los profesionales, y un desafío a los cristianos, que quieren instaurar en el mundo el Reino de Dios (ib., 48).

Pero si el desarrollo y la liberación tienen un aspecto científico y técnico tienen también un aspecto moral, que si no se atiende hace de los hombres que lo impulsan y se aprovechan de él, hombres que hacen el mal en vez del bien, hombres malos y no buenos. Descuidar el aspecto moral del desarrollo ha llevado a que los ingentes esfuerzos hechos en estos últimos veinte años hayan llevado a fortalecer el reino del mal, las estructuras de pecado (ib.,36 y 39) más que las estructuras de la gracia y el reino del bien.

Ya en el documento de Pablo VI se había "señalado el carácter ético y cultural de la problemática relativa al desarrollo y, asimismo, a la legitimidad y necesidad de la intervención de la Iglesia en este campo" (ib.,8).

Desde la perspectiva del análisis sociopolítico, del enjuiciamiento moral y del discer-



nimiento teológico (ib.,36) aparecen toda una serie de factores negativos que son la negación de la razón, del hombre y del Reino de Dios. La esperanza de desarrollo tan viva hace veinte años aparece en la actualidad muy lejana de la realidad (ib.,19): persiste y aun se alarga el abismo entre el Norte y el Sur, con lo que se va rompiendo la unidad del género humano; se acrecienta y extiende la crisis de la vivienda así como el fenómeno del desempleo y del subempleo, la deuda internacional atenaza a los países en vías de desarrollo haciendo cada vez peor su situación; el analfabetismo, la falta de atención sanitaria...tantos y tantos indicadores que señalan cómo está mal planteado el problema del desarrollo. Algunos puntos son señalados con mayor énfasis: "el analfabetismo, la dificultad o imposibilidad de acceder a los niveles superiores de instrucción, la incapacidad de participar en la construcción de la propia nación, las diversas formas de explotación y de opresión, económica, social, política y también religiosa de la persona humana y de sus derechos, las discriminaciones de todo tipo, de modo especial la más odiosa basada en la diferencia racial" (ib.,15). Una plaga especial es el sufrimiento de los refugiados: "los millones de refugiados, a quienes las guerras, calamidades naturales, persecuciones y discriminaciones de todo tipo han hecho perder casa, trabajo, familia y patria. La tragedia de estas multitudes se refleja en el rostro descompuesto de hombres, mujeres y niños que, en un mundo dividido e inhóspito, no consiguen encontrar ya un hogar" (ib.,24). También "el fenómeno del terrorismo, entendido como propósito de matar y destruir indiscriminadamente indistintamente hombres y bienes, y crear precisamente un clima de terror y de inseguridad, a menudo incluso con la captura de rehenes" (ib.). "Una de las mayores injusticias del mundo contemporáneo consiste precisamente en esto: en que son relativamente pocos los que poseen mucho, y muchos los que no poseen casi nada. Es la injusticia de la mala distribución de bienes y servicios destinados originariamente a todos" (ib.28).

Las causas profundas de estos tremendos desajustes son múltiples. No se trata de falta de recursos o de capacidad para resolver los problemas de la pobreza, de la injusticia



y de la opresión. Se trata inicialmente de una consideración puramente economicista del desarrollo, que deja de lado la consideración moral del mismo. Esto es, se toma el desarrollo como una cuestión puramente económica y no como una cuestión moral en la que están implicados todo el hombre y todos los hombres. La experiencia nos demuestra que un desarrollo así entendido deshumaniza, ante todo, a quien hace del lucro y de la dominación el principio fundamental de su actividad económica, pero también a quien es víctima en su subdesarrollo y por su subdesarrollo del desarrollo del otro, sobre todo cuando los subdesarrollados son los más y los desarrollados son los menos. No se ha puesto al hombre, a todo el hombre y a todos los hombres, como objetivo principal del desarrollo y, consiguientemente se ha ido por el mal camino, un camino que ni siquiera sirve para resolver los problemas económicos, cuanto menos los sociales, los culturales, los auténticamente humanos.

Otra de las causas está en el enfrentamiento del norte-sur, de los países ricos frente a los países pobres. [Los países ricos del norte no hacen, por decir poco, lo que deben para superar el abismo creciente que les separa de los países pobres del sur.] "A la abundancia de bienes y servicios disponibles en algunas partes del mundo, sobre todo en el Norte desarrollado, corresponde en el Sur un inadmisibles retraso y esp precisamente en esta zona geopolítica donde vive la mayor parte de la humanidad" (ib., 14). La situación va a peor. "La responsabilidad de este empeoramiento tiene causas diversas. Hay que indicar las indudables omisiones por parte de las mismas naciones en vías de desarrollo, y especialmente por parte de los que detentan su poder económico y político. Pero tampoco podemos soslayar la responsabilidad de las naciones desarrolladas, que no siempre, al menos en la debida medida, han sentido el deber de ayudar a aquellos países que se separan cada vez más del mundo del bienestar al que pertenecen" (ib., 16). [El papa no fustiga aquí los pecados de comisión del norte poderoso y explotador, pero lo hace más o menos explícitamente a lo largo de la encíclica, cuando habla de los imperialismos que se abaten sobre los países pobres. Pero sí subraya en responsabilidad en los países pobres de quienes detentan el poder económico y el poder político.]



También resulta del mayor interés el subrayado que hace el papa de la estructuración económica misma, que se autonomiza e impone sus leyes ciegas a la libertad de los hombres. "Es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígida las situaciones de riqueza de los unos y la pobreza de los otros. Estos mecanismos, maniobrados por los países más desarrollados de modo directo o indirecto, favorecen a causa de su mismo funcionamiento los intereses de los que los maniobran, aunque terminan por sofocar o condicionar la economía de los países menos desarrollados. Es necesario someter en el futuro estos mecanismos a un análisis atento bajo el aspecto ético-moral" (ib.,16). Se toca con ello un punto crucial del orden económico internacional, de la estructura económica mundial de enormes consecuencias no sólo para el comportamiento de los hombres y de los países sino para la concepción misma de la historia.

Pero hay otra causa que se superpone a las anteriores y la sobredetermina, es una causa de orden político. "Nos referimos a la existencia de dos bloques contrapuestos, designados comúnmente con los nombres convencionales de Este y Oeste...Cada uno de ambos bloques tiende a asimilar y a agregar alrededor de sí, con diversos grados de adhesión y participación, a otros países o grupos de países" (ib., 20). Cada uno de estos bloques tiene su propia ideología: el capitalismo liberal y el colectivismo marxista.

"Cada una de estas dos ideologías, al hacer referencia a ~~visiones~~ dos visiones tan diversas del hombre, de su libertad y de su cometido social, ha propuesto y promueve, bajo el aspecto económico, unas formas antifeéticas de organización del trabajo y de estructuras de la propiedad, especialmente en lo referente a los llamados medios de producción" (ib.). El papa condena esas dos concepciones, no sólo la marxista sino también la capitalista: son "dos concepciones del desarrollo mismo de los hombres y de los pueblos, de tal modo imperfectas que exigen una corrección radical" (ib.,21). "En efecto, desde el punto de vista del desarrollo surge espontánea la pregunta: ¿de qué manera o en qué medida estos dos sistemas son susceptibles de transformarse y capaces de ponerse



al día, de modo que favorezcan o promuevan un desarrollo verdadero e integral del hombre y de los pueblos en la sociedad actual?" (ib.). Problema tanto más difícil para la Iglesia en cuanto su doctrina social no es una "tercera vía" entre el capitalismo liberal y el colectivismo marxista "y ni siquiera una posible alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente" (ib.,41). Tampoco "manifiesta preferencias por unos (sistemas o programas económicos y políticos) o por otros, con tal que la dignidad del hombre sea debidamente respetada y promovida" (ib.) y menos aún tiene soluciones técnicas para resolver el problema del subdesarrollo.

El papa rechaza especialmente la forma imperialista en que esos sistemas tratan de imponerse a los países pobres. Estos se convierten en piezas de un mecanismo y de un engranaje gigantesco. "Cada uno de los dos bloques lleva oculta internamente, a su manera, la tendencia al imperialismo, como se dice comúnmente, o a formas de neocolonialismo: tentación cada vez más fácil en la que se cae muchas veces, como enseña la historia incluso reciente" (ib.,22). Una preocupación exagerada por la propia seguridad de los países dominantes quita a los países que están bajo su influencia -el caso es patente y manifiesto en El Salvador- su autonomía nacional, su soberanía propia, su identidad cultural y en definitiva su capacidad de autodeterminación. Por eso tiene aspectos muy positivos el movimiento de los países no alineados "el cual, en lo que constituye su aspecto positivo, quisiera afirmar efectivamente el derecho de cada pueblo a su propia identidad, a su propia independencia y seguridad, así como a la participación, sobre la base de la igualdad y de la solidaridad, de los bienes que están destinados a todos los hombres" (ib., 21).

Al entrar en el enfrentamiento entre los dos bloques se introyecta en cada país la contraposición ricos y pobres así como la desviación de los recursos que debieran ir al desarrollo hacia la guerra y la destrucción. Dentro de cada país se repite y se robustece el esquema de desigualdad y de explotación entre ricos y pobres haciéndose una mala distribución de aquellos bienes que son antes de todos que de cada uno. Pero,

Hacia un desarrollo...7



al mismo tiempo, hacen de la guerra el instrumento principal de acción. En este sentido la encíclica tiene palabras, que se acomodan fielmente a nuestra situación: "Si 'el desarrollo es el nuevo nombre de la paz', la guerra y los preparativos militares son el mayor enemigo del desarrollo integral de los pueblos" (ib.,10). Dineros que debieran emplearse en el desarrollo se emplean en armas y destrucción (ib.,24). Esto nos empobrece más, nos priva de nuestra propia subjetividad, "o sea, de la soberanía que le compete (a cada nación), en el significado económico así como en el político-social y en cierto modo en el cultural, ya que en una comunidad nacional todas estas dimensiones de la vida están unidas entre sí" (ib.,15).

Tal situación en su conjunto desde el punto de vista cristiano tiene un nombre: no sólo es un error y un fallo moral intrahumano sino que es un pecado, es una situación que va contra el Dios, que se nos revela en Jesucristo, y contra el proyecto del Reino de Dios. "Por tanto, hay que destacar que un mundo dividido en bloques, presididos a su vez por ideologías rígidas, donde en lugar de la interdependencia y solidaridad, dominan diferentes formas de imperialismo, no es más que un mundo sometido a estructuras de pecado" (ib.,35). "Pecado y estructuras de pecado, son categorías que no se aplican frecuentemente a la situación del mundo contemporáneo. Sin embargo, no se puede llegar fácilmente a una comprensión profunda de la realidad que tenemos ante nuestros ojos, sin dar su nombre a la raíz de los males que nos aquejan" (ib.,36). Lo que la teología de la liberación, no sin reticencias de algunos, venía sosteniendo como categoría fundamental, el pecado estructural, las estructuras de pecado, ha sido recogido con las debidas precisiones por la enseñanza papal. [No es el único aporte de la teología de la liberación, asumido en esta encíclica, pero es uno muy principal.] Se trata de actitudes y estructuras opuestas a la voluntad divina y al bien del prójimo, de las cuales para el propósito de la encíclica las más características son : "el afán de ganancia exclusiva, por una parte; y por otra, la sed de poder, con el propósito de imponer a los demás la propia voluntad" (ib.,37). Y esto a cualquier precio. "En otras palabras, nos hallamos ante la absolutización de actitudes humanas" (ib.).



Absolutización a la que ya se había referido muy explícitamente Mons. Romero en su memorable carta pastoral Misión de la Iglesia en medio de la Crisis del país (Varios, La voz de los sin voz, UCA editores, San Salvador, 1980, pp. 145-149). Las actitudes y las estructuras de pecado afectan también a las naciones y a los bloques: "Si ciertas formas de 'imperialismo' moderno se consideran a la luz de estos criterios morales, se descubriría que bajo ciertas decisiones aparentemente inspiradas solamente por la economía o la política, se ocultan verdaderas formas de idolatría: dinero, ideología, clase social y tecnología" (SRS, 37). Se trata, en definitiva, de un mal moral fruto de muchos pecados que llevan a estructuras de pecado.

Pero no hay sólo mal y pecado en el mundo, ni siquiera en el mundo del desarrollo. Está la plena conciencia en muchísimos hombres y mujeres de su propia dignidad y de la de cada ser humano, que lleva a la preocupación por el respeto de los derechos humanos y en el más decidido rechazo de sus violaciones. También las naciones y los pueblos van siendo particularmente sensibles a la conservación, libre gestión y promoción de su patrimonio propio. Aumenta la convicción de una radical interdependencia y de una solidaridad necesaria. "Hoy quizá más que antes, los hombres se dan cuenta de tener un destino común que construir juntos, si se quiere evitar la catástrofe para todos. Desde el fondo de la angustia, del miedo y de los fenómenos de evasión como la droga, típicos del mundo contemporáneo, emerge la idea de que el bien, al cual estamos llamados todos, y la felicidad a la que aspiramos no se obtienen sin el esfuerzo y el empeño de todos sin excepción con la consiguiente renuncia del propio egoísmo" (ib., 26).

El respeto mayor por la vida, la preocupación por la paz, que será de todos no no será de nadie. "Una paz que exige, cada vez más, el respeto riguroso de la justicia y, por consiguiente, la distribución equitativa de los frutos del verdadero desarrollo" (ib.). Está también la preocupación ecológica que impide la explotación irracional de los recursos naturales. No hay que olvidar tampoco el generoso esfuerzo de muchos hombres por ayudar en la realización de un nuevo y firme desarrollo. "Por consiguiente, no todo



es negativo en el mundo contemporáneo...porque la Providencia del Padre celestial vigila con amor también sobre nuestras preocupaciones diarias..." (ib.).

El problema está entonces en buscar el auténtico desarrollo humano superando su limitación economicista. "La mera acumulación de bienes y servicios, incluso en favor de una mayoría, no basta para proporcionar la felicidad humana...ni traen consigo la liberación de cualquier forma de esclavitud" (ib., 27). El consumismo, lejos de satisfacer las aspiraciones más profundas del hombre, las deja sofocadas. No los que tienen más son más, aunque para ser plenamente humano se requiera tener o poseer algunos bienes materiales. "Si el desarrollo tiene una necesaria dimensión económica, puesto que debe procurar al mayor número posible de habitantes del mundo la disponibilidad de bienes indispensables para 'ser', sin embargo no se agota con esta dimensión. En cambio, si se limita a ésta, el desarrollo se vuelve contra aquellos mismos a quienes se desea beneficiar" (ib., 28). "Es lógico concluir, al menos para quienes creen en la Palabra de Dios, que el 'desarrollo' actual debe ser considerado como un momento de la historia iniciada en la creación y constantemente puesta en peligro por la infidelidad a la voluntad del Creador, sobre todo por la tentación de la idolatría, pero que corresponde fundamentalmente a las premisas iniciales. Quien quisiera renunciar a la tarea, difícil pero exaltante, de elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombres, bajo el pretexto del peso de la lucha y del esfuerzo incesante de superación, o incluso por la experiencia de la derrota y del retorno al punto de partida, faltaría a la voluntad de Dios Creador" (ib., 30). Hay, por tanto, un deber moral urgente de cooperar en el desarrollo pleno de los demás. "En efecto, la cooperación al desarrollo de todo el hombre y de cada hombre es un deber de todos para con todos y, al mismo tiempo, debe ser común a las cuatro partes del mundo: Este y Oeste, Norte y Sur; o, a los diversos 'mundos', como suele decirse hoy. De lo contrario, si trata de realizarse en una sola parte, o en un solo mundo, se hace a expensas de los otros; y allá donde comienza, se hipertrofia y se pervierte al no tener en cuenta a los demás" (ib., 31). No habrá tampoco un desarrollo plenamente humano si no se respetan todos los derechos de todos los hombres, todos



los derechos de todos los pueblos ~~sin~~ dominaciones ni esclavitudes conservando todos ellos su identidad y autonomía. "El desarrollo debe realizarse en el marco de la solidaridad y de la libertad, sin sacrificar nunca la una a la otra bajo ningún pretexto" (ib.,33). Finalmente el ~~respeto~~ respeto a la naturaleza, la preocupación ecológica, es una nota del verdadero desarrollo, que supone en el fondo un respeto a la obra de Dios.

Desde el punto de vista más explícitamente cristiano, supuesto que estamos inmersos en un mundo de pecado, personal y estructural, es necesario una llamada a la conversión y al cambio de las actitudes más profundas. Reconocida la interdependencia entre los hombres y los pueblos como categoría moral y aun teológica hay que responder a ella no con el ~~egoísmo~~ egoísmo, no con el afán de ganancia y sed de poder sino con la solidaridad. Solidaridad dentro de cada país y solidaridad de los países entre sí, sobre todo de los más ricos con los más pobres. "La paz del mundo es inconcebible si no se logra reconocer, por parte de los responsables, que ~~la independencia~~ interdependencia exige de por sí la superación de la política de los bloques, la renuncia a toda forma de imperialismo económico, militar o político, y la transformación de la mutua desconfianza en colaboración. Este es, precisamente, el acto propio de la ~~solidaridad~~ solidaridad entre los individuos y entre las Naciones" (ib.,39).

Pero hay todavía algo más específicamente cristiano en el ~~anuncio~~ anuncio de un verdadero desarrollo, tomado de la mejor tradición de la Iglesia, pero que ha sido puesto en primer plano por lo mejor de la Iglesia latinoamericana y, muy especialmente, por la teología de la liberación, asumida en este punto con gran fuerza por Juan Pablo II: la opción o amor preferencial por los pobres. "Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia" (ib.,42). Entre los signos positivos del mundo contemporáneo veía el papa "la creciente conciencia de solidaridad de los pobres entre sí, así como también sus iniciativas de mutuo apoyo y de afirmación pública en el escenario social, no recurriendo a la violencia, sino presentando sus carencias y sus derechos frente a la



ineficiencia o a la corrupción de los poderes públicos. La Iglesia, en virtud de su compromiso evangélico, se siente llamada a estar junto a estas multitudes pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad sin perder de vista al bien de los grupos en función del bien común" (ib.,39). Preferencia, pues, de la Iglesia por los pobres, las clases pobres, los países pobres. Y esto tiene mucho que ver con las decisiones políticas que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes, que siendo de todos y destinados a todos, están siendo apropiados hasta el uso y el abuso de una manera inmoral y poco cristiana, más aún anticristiana, por unos pocos países y por unos pocos ciudadanos (ib.,42). Esta opción preferencial por los pobres debe llevar a profundas reformas: la reforma del sistema internacional de comercio, la reforma del sistema monetario y financiero mundial, la cuestión de los intercambios de tecnología y de su uso adecuado, la revisión de la estructura de las Organizaciones internacionales, *las reformas en cada país.*

Desde esta misma perspectiva los propios países pobres deben tomar en sus propias manos la dirección de su destino. El mensaje del papa es aquí especialmente pertinente para El Salvador. "El desarrollo requiere sobre todo espíritu de iniciativa por parte de los mismos Países que lo necesitan. Cada uno de ellos ha de actuar según sus propias responsabilidades, sin esperarlo todo de los Países más favorecidos y actuando en colaboración con los que se encuentran en la misma situación. Cada uno debe descubrir y aprovechar lo mejor posible el espacio de su propia libertad. Cada uno debería llegar a ser capaz de iniciativas que respondan a las propias exigencias de la sociedad. Cada uno debería darse cuenta también de las necesidades reales, así como de los derechos y deberes a que tienen que hacer frente..." (ib.,44). [Hay que favorecer la autoafirmación de cada uno de los ciudadanos para lo cual es bien necesario la alfabetización, la educación de base y el acceso a una mayor cultura y a la libre circulación de informaciones.]

Todo ello debe ir orientado a la liberación. Así parece asegurarlo la conclusión de la encíclica. "Los pueblos y los individuos aspiran a su liberación: la búsqueda del pleno



desarrollo es el signo de su deseo de superar los múltiples ^{obstáculos} ~~obstáculos~~ que le impiden gozar de una vida más humana" (ib.,46). Aquí el Papa se refiere al nuevo modo como ~~recientemente~~ recientemente en América Latina se busca "afrontar los problemas de la miseria y del sub-desarrollo, que hace de la liberación su categoría fundamental y su primer principio de acción" (ib.). Aunque se pone en guardia contra posibles peligros de desviación, no hay duda de que el magisterio de la Iglesia se ha visto claramente enriquecido por los aportes de la teología de la liberación. La medida del desarrollo es la liberación a la que conduce; si no responde al ^{clamor} ~~gacero~~ de los pobres y de los pueblos por su propia liberación, no es un verdadero desarrollo, no es el desarrollo querido por Dios. A su vez, "un desarrollo solamente económico no es capaz de liberar al hombre, al contrario, lo esclaviza todavía más. Un desarrollo que no abarque la dimensión ^{cultural} ~~científica~~, trascendente y religiosa del hombre y de la sociedad, en la medida en que no reconoce la existencia de tales dimensiones y no orienta en función de las mismas sus objetivos y prioridades, contribuiría aún menos a la verdadera liberación" (ib.). Ahora bien, "el principal obstáculo que la verdadera liberación debe vencer es el pecado y las estructuras que llevan al mismo, a medida que se multiplican y se extienden" (ib.). He aquí reconocido que la liberación promovida por la Iglesia no puede reducirse a la liberación del pecado personal sino que debe extenderse con la misma lógica y con la misma fuerza a las estructuras que vienen del pecado y que llevan al pecado, esto es, a la destrucción de lo que es el hombre como hijo de Dios y de lo que es y debe ser el Reino de Dios.

A pesar de las tristes experiencias de los últimos años y del panorama prevalentemente negativo del momento presente, la Iglesia sigue viendo la posibilidad y tiene confianza en una verdadera liberación en virtud de la promesa divina según la cual "la historia presente no está cerrada en sí misma sino abierta al Reino de Dios" (ib.,47). Ninguna realidad temporal se identifica con el Reino de Dios, pero todas ellas deben reflejar y anticipar la gloria de ese Reino (ib.,48). La Iglesia tiene también confianza en



el hombre por su especial relación con Dios y al hombre le compete la obligación de no caer ni en la desesperación, ni en el pesimismo, ni en la pasividad. No hay lugar para el temor, la indecisión y la cobardía, porque estamos ante un tremendo desafío de la historia y sobre todo porque está en juego la dignidad de la persona humana, "cuya defensa y promoción nos ha sido confiadas por el Creador, y de las que son rigurosa y responsablemente deudores los hombres y mujeres en cada coyuntura de la historia" (ib.). Debe ser una campaña pacífica con medios pacíficos, tomando medidas "inspiradas en la ^{solidaridad} ~~solidaridad~~ y en el amor preferencial por los pobres" (ib.).

"En este empeño deben ser ejemplo y guía los hijos de la Iglesia, llamados, según el programa enunciado por el mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret, a 'anunciar a los pobres la Buena Nueva... a proclamar la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4,18-19). Y en esto conviene subrayar el papel preponderante que cabe a los ~~los~~ laicos, hombres y mujeres... A ellos compete animar, con su compromiso cristiano, las realidades y, en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y de justicia" (ib.).

Estas enseñanzas de Juan Pablo II en su última encíclica son, desde luego, una reconfirmación de la inspiración cristiana, que ha impulsado desde un principio la misión de nuestra universidad. Ella debe seguir trabajando en el desarrollo liberador del pueblo salvadoreño desde la opción preferencial por los pobres. Lo debe hacer toda la comunidad universitaria cada uno desde su propia frontera pero aunando esfuerzos para ser más eficaces. Pero en este momento solemne de la graduación de cerca de trescientos nuevos profesionales, que cubren tareas decisivas en el desarrollo liberador del pueblo salvadoreño, es momento propicio para revivir estas enseñanzas. Es la última lección que recibe ^{de} esta universidad, de esta su universidad. Ojalá sea una lección que nunca olviden. Está en juego no sólo el bien de los demás sino su propio bien ~~x~~ verdadero, su pleno desarrollo como hombres, aquel proceso de liberación sin el cual no se puede hablar de libertad.